



Ultimate Christofer

ORIGINS

ENCUENTRO



UN RELATO CORTO DE C. R. VAUGHN



Ultimate Christofer

ORIGINS

ENCUENTRO

C. R. VAUGHN

Copyright © 2024 Ultimate Christofer Universe

Todos los derechos reservados.

ISBN: 9798284850381



PROLOGO

El año 2000. El mundo entero se ahogó en una celebración global. El cambio de milenio. Los libros de historia, esas crónicas convenientes, recordarán la asunción de soberanía del Canal de Panamá, la sombra de Putin sobre Rusia, el procesamiento de Pinochet en Londres. Momentos definitarios para el destino continental.

Pero insisto: no es ahí donde reside nuestra verdad. Para entender el verdadero pulso de nuestro tiempo, deben mirar hacia un lugar que la geografía oficial ha borrado, una tierra que no existe en ningún mapa satelital: la Isla Paradox.

Situada justo en el punto ciego del Océano Pacífico, Paradox es un eje silencioso entre tres continentes. Un vórtice geográfico que ha sido deliberadamente omitido, mantenido al margen del escrutinio mundial

por razones que se pierden en archivos clasificados. Y en el corazón de esa isla, se alza nuestra joya y nuestra cicatriz: Victory City.

Imaginen la energía frenética de Manhattan, su ambición vertical, fusionada con la calidez indomable, la caótica vitalidad, de la Ciudad de México. Ese es el espíritu de Victory City. Una metrópolis de contrastes violentos, donde rascacielos de cristal arañan las nubes junto a mercados bulliciosos donde todas las culturas del mundo encuentran un rincón y un precio.

Esta ciudad no fue así por diseño, sino por necesidad. Victory City es la hija de un trauma, el resultado de un evento que no solo reescribió las reglas de la política, sino también las de la física: el ZERO-SIX. La verdad de lo que ocurrió en aquella batalla, o en aquel experimento fallido, ya no se cuenta en voz alta, solo en susurros aterradores. El mundo, en ese momento, tocó una anomalía, un poder primigenio, y la Isla Paradox nunca volvió a ser la misma. La ciudad se reconstruyó a una velocidad vertiginosa, absorbiendo tecnología y conocimiento, pero siempre un paso por delante de la comprensión común. Los cimientos de sus edificios están sobre un secreto.

Pero hay algo que nunca ha perdido Victory City, y es su esencia más preciada. Su humanidad. Aquí, el libre albedrío no es un ideal, es la única ley que rige la existencia. Cada alma decide su camino: forjarse como un criminal en las sombras o como un doctor que lucha por salvar vidas en las salas de hospital.

Como el doctor que ahora atiende a la señora Raynerson, mientras ella puja por traer a su bebé al mundo.

Lo que ellos no saben, lo que la historia no registrará, es que este no es un nacimiento cualquiera. Este niño es un punto de inflexión. Un catalizador. Un eslabón en una cadena de eventos que definirá el futuro de nuestro mundo, y quizás, del universo. Un niño que será parte de algo más grande, algo escrito en códigos antiguos, y que probablemente, sin saberlo, está destinado a enfrentarse a...

...Ella.

La tensión en la sala no era un simple nudo. Era una cuerda de violín, tirante, a punto de romperse. Olía a caucho esterilizado, a sudor y a una anticipación que electrificaba el aire.

—¡Ya viene, señora Raynerson! ¡Un empuje más, fuerte! ¡Necesito ver la coronación! —ordenó el doctor, con una voz disciplinada que sonaba como un ancla en la tormenta.

El señor Raynerson, un hombre con la piel pálida y el rostro cubierto de sudor, apretaba la mano de su esposa con tanta fuerza que sus nudillos estaban blancos. Sus ojos, fijos en ella, reflejaban una mezcla de terror absoluto ante el dolor y una devoción inquebrantable.

—¡Tú puedes, mi amor! ¡No falta nada! —susurró, pero su voz temblaba, secando una lágrima de la sien de ella con un tembloroso pulgar.

La señora Raynerson gritó de nuevo, un sonido primario y gutural que concentraba en ese esfuerzo toda la fuerza ancestral de una nueva madre. Era la lucha final entre la oscuridad del vientre y la luz del mundo. Las enfermeras, con la precisión de un ballet ensayado, se

movían alrededor de la camilla, asegurándose de que cada instrumento estuviera en su sitio.

Y entonces, justo cuando la tensión se hizo insopportable, en medio de la lucha, ocurrió el milagro.

Un llanto. Agudo, fuerte, vibrante, que cortó el silencio que se había instalado un segundo antes. Era el sonido más hermoso del mundo.

—¡Es un varón! ¡Un niño sano! —exclamó el doctor con una sonrisa que aliviaba la fatiga, sosteniendo al recién nacido.

La señora Raynerson se dejó caer sobre las almohadas, la respiración entrecortada, pero sus ojos ya estaban fijos en el pequeño bulbo rosado que ahora limpiaban. Se parecía a ella, con mechones de cabello oscuro y una piel de marfil.

El señor Raynerson rompió a llorar, soltando la mano de su esposa solo para envolverla en un abrazo torpe y lleno de alegría, un abrazo que decía más que mil palabras. Los doctores los felicitaron; la vida, en el corazón de Victory City, había ganado una batalla más.

Cuando la enfermera depositó al bebé, envuelto y cálido, en los brazos de su madre, el mundo se redujo a ese pequeño peso y al sonido de su respiración uniforme.

—Míralo, cariño... —murmuró la señora Raynerson, la voz rota por la emoción, acariciando su mejilla con un dedo—. Es tan hermoso.

El señor Raynerson se inclinó sobre la cuna de sus brazos.

—Y fuerte. ¿Qué nombre le pondremos? —preguntó—. Estaba pensando... ¿"José"? Suena bien. O tal vez "David".

La señora Raynerson sonrió, su mirada fija en el profundo azul de los ojos de su hijo recién nacido, unos ojos que, por un instante fugaz,

parecieron sostener una luz inusual, como si reflejaran una galaxia lejana.

—No, mi amor —dijo, con una certeza que la sorprendió a ella misma, una voz que no admitía discusión—. Tengo uno mejor. Uno que parece que siempre estuvo destinado a ser suyo. Se llamará...

Ella pronunció el nombre en un suave susurro, un nombre sencillo pero imbuido de todo el potencial del universo, sellando con esa elección el destino del niño.

“Gracias al nacimiento de ese bebé, en solo cinco años, el engranaje del universo comenzaría a girar. El evento canónico, escrito en los hilos invisibles de la realidad, se pondría en marcha. El héroe y la amenaza se encontrarían en el lugar más inesperado de Victory City.”

ENCUENTRO

En un pequeño parque, escondido entre los altos edificios de la bulliciosa Victory City, el sol brillaba con fuerza, dibujando sombras largas sobre el césped. El cielo, de un azul profundo salpicado con apenas unas pocas nubes, parecía un inmenso lienzo, y las risas de los niños que jugaban resonaban como una dulce melodía. Cerca de los columpios, un niño de cinco años, llamado Christofer Raynerson, se mecía suavemente, dejando que el viento acariciara su oscuro cabello. Sus ojos, de un azul intenso, brillaban con la curiosidad de un niño que aún encuentra magia en cada rincón del mundo.

Con una camiseta roja y blanca que contrastaba con sus pantalones negros, Christofer saltaba de un juego a otro, riendo a carcajadas y disfrutando de cada instante. A lo lejos, su madre y su padre cuidaban de sus dos hermanos pequeños, mientras compartían una conversación entre miradas cariñosas hacia su hijo mayor.

El ambiente era perfecto. El día tenía ese aire de paz que solo se encuentra en momentos tan fugaces como los atardeceres de verano. Pero esa tranquilidad estaba a punto de romperse. La voz suave pero firme de su madre lo llamó desde una distancia prudente:

—Christofer, no te alejes demasiado, cariño. Ya casi es la hora de irnos.

El niño giró hacia ella y con una sonrisa amplia respondió:

—¡Sí, mami! —dijo con el tono despreocupado de un niño que aún no quiere despedirse de la diversión.

Christofer se preparaba para regresar junto a su familia cuando, en medio de todo el bullicio, algo capturó su atención. Un sonido ajeno a las risas, un llanto suave que apenas se percibía, pero que, como un hilo invisible, lo atrajo. Intrigado, empezó a caminar en dirección al sonido, esquivando columpios y toboganes, hasta que finalmente la vio.

Sentada al pie de un árbol, con sus pequeñas manos frotando sus ojos llenos de lágrimas, estaba una niña de su edad. Su cabello castaño caía en dos coletas a los costados de su cabeza, y su piel, blanca como el alabastro, resplandecía a la luz del sol. Vestía una playera verde con el dibujo de un gato y una falda azul oscura que se movía ligeramente con la brisa, mientras sus piernas estaban cubiertas por mallones negros.

—¿Por qué lloras? —preguntó Christofer, su voz reflejando una mezcla de preocupación y curiosidad.

La niña levantó la vista, sus ojos verdes se encontraron con los de él, y entre sollozos, respondió:

—He perdido a mi peluche favorito... Mi abuela me lo regaló y se pondrá muy triste si no lo encuentro.

Christofer sintió cómo una especie de nudo se formaba en su garganta. No sabía exactamente qué hacer, pero sabía que no podía dejar a la niña sola en su tristeza.

—No llores —dijo con un tono que, aunque inseguro, sonaba sincero—. ¿Quieres que te ayude a buscarlo?

La niña asintió rápidamente, limpiando sus lágrimas con la manga de su camiseta.

—Es un osito blanco, con manchas negras... Se llama Teddy. Es muy pequeño, pero es mi mejor amigo —explicó la niña, su voz aún temblorosa.

Christofer, decidido, dijo:

—Vamos a buscarlo. Seguro que lo encontramos.

Christofer, sintiendo una responsabilidad nueva y emocionante, decidió que no se iría del parque hasta ayudarla a encontrar su peluche. Juntos comenzaron a buscar, revisando cada rincón: los columpios, el área de las bancas, las canchas de fútbol y básquetbol, y hasta los pequeños arbustos que bordeaban el parque. Pero, tras varios minutos de búsqueda, Teddy seguía sin aparecer.

—No lo encontramos... —dijo la niña, su voz cargada de desilusión—. Mi abuela se va a poner tan triste... —susurró, casi para sí misma, mientras sus ojos volvían a llenarse de lágrimas.

Christofer sintió una punzada de frustración, pero no estaba dispuesto a rendirse. No podía permitir que la niña se fuera triste.

—No te preocupes, seguro lo encontramos. Quizás solo se está escondiendo —intentó animarla, recordando las veces que su propio peluche parecía "perderse", solo para aparecer en los lugares más inesperados.

De repente, sus ojos se dirigieron hacia la copa de un árbol cercano, y allí, casi oculto entre las hojas, vio algo blanco y negro. Era pequeño, pero coincidía perfectamente con la descripción. El corazón de Christofer dio un salto de emoción.

—¡Mira, allí está! —exclamó, señalando hacia las ramas—. ¡Es Teddy!

La niña levantó la vista y, al ver a su preciado peluche colgando en las alturas, sus ojos se iluminaron.

—¡Teddy! —gritó con una alegría que parecía barrer de golpe toda la tristeza que había sentido.

—¿Cómo llegó hasta allá arriba? —preguntó Christofer, asombrado.

La niña bajó la mirada, recordando de repente lo que había sucedido.

—Nos subimos al árbol para ver todo el parque desde arriba... pero cuando mi abuelita me llamó para comer, olvidé a Teddy allí —confesó, avergonzada—. Cuando volví, ya no la encontraba.

Christofer frunció el ceño, preocupado.

—¿Y tú abuelita no sabe que volviste sola? Mi mamá siempre me dice que no debo salir solo... que es peligroso —le advirtió, repitiendo las palabras que su madre solía decirle.



—Lo sé, pero no vivo muy lejos. Quería encontrar a Teddy antes de que se diera cuenta —dijo la niña con una sonrisa traviesa, como si ya hubiera hecho este tipo de cosas antes.

Christofer, decidido a ayudarla, miró hacia las ramas del árbol. Nunca había trepado solo, pero la idea de devolverle el peluche a la niña lo llenaba de determinación. Comenzó a escalar con cuidado, sintiendo cómo la corteza áspera del árbol raspaba sus manos pequeñas.

—¡Ten cuidado! —le gritó la niña desde abajo, con el rostro lleno de preocupación—. No quiero que te quedes atrapado como Teddy.

Christofer se movía con cautela, acercándose lentamente a la rama donde el osito colgaba. Desde aquella altura, podía ver todo el parque, y más allá, los rascacielos de Victory City que se alzaban majestuosos

contra el horizonte. Por un momento, se permitió soñar con el día en que sería lo suficientemente mayor para explorar toda esa vasta ciudad, quizás incluso hacer algo importante por ella. Pero pronto recordó por qué estaba allí.

Alargó el brazo derecho, intentando alcanzar a Teddy, mientras con la mano izquierda se aferraba al tronco. Justo cuando sus dedos rozaron la tela suave del peluche, un crujido rompió la tranquilidad del momento. La rama cedió bajo su peso, y Christofer cayó al suelo con un golpe sordo, amortiguado apenas por un montón de hojas secas.

—¡Ay no! —gritó la niña, corriendo hacia él con el corazón en la garganta—. ¿Estás bien?

Christofer, aún aturdido, levantó el brazo con una sonrisa tímida. Teddy estaba a salvo entre sus manos.

—Lo recuperé —dijo con un tono triunfal.

La niña se lanzó sobre él, envolviéndolo en un abrazo fuerte y cálido.

—Gracias, gracias, gracias —dijo emocionada, aferrando a Teddy contra su pecho—. ¡Eres mi héroe!

En ese momento, la voz de la madre de Christofer resonó por todo el parque.

—¡Hijo, ya es hora de irnos! —lo llamó con un tono apacible, pero esta vez más insistente.

Christofer se levantó con algo de esfuerzo, aun sintiendo el calor del abrazo inesperado de la niña.

—Ya me tengo que ir. Me alegra haberte ayudado —le dijo, sonriendo.

—Espera —la niña tomó su mano—. Antes de que te vayas...
¿Cómo te llamas? Me gustaría saber el nombre del héroe que salvó a
Teddy.

Christofer la miró con orgullo y respondió:

—Me llamo Christofer, pero me puedes decir Chris.

—Chris... —repitió ella, como si quisiera recordar ese nombre para
siempre—. Yo me llamo...

Pero antes de que pudiera terminar, la voz de la madre de Christofer
lo llamó nuevamente, esta vez con mayor urgencia.

—¡Christofer, vamos ya!

—Te diré mi nombre otro día —dijo la niña con una sonrisa
misteriosa—. Mi abuelita debe estar preocupada. ¡Nos veremos
pronto, Chris! —Y, con esa despedida, corrió hacia su casa, abrazando
con fuerza a Teddy.

Christofer se quedó un momento mirando cómo se alejaba,
preguntándose si volvería a verla algún día. Luego, corrió hacia su
madre, quien lo recibió con una sonrisa cálida.

—¿Te divertiste, cariño? —preguntó, mientras lo tomaba de la
mano.

—¡Sí! Ayudé a una niña a encontrar su peluche... pero no me dijo
su nombre —respondió Christofer, con una mezcla de satisfacción y
curiosidad.

—Quizás la próxima vez que vengamos te lo diga —dijo su madre,
dándole una caricia en el cabello.

Mientras la familia se alejaba del parque, las primeras estrellas comenzaban a brillar en el cielo. En otro lugar cercano, la niña, que finalmente sabemos se llama Angela Martinson, llegaba a su casa. Allí, su abuela la esperaba con una mezcla de preocupación y alivio.

—¡Ángela! ¿Dónde has estado? —le preguntó con suavidad, mientras la abrazaba.

—Perdí a Teddy en el parque, pero un niño me ayudó a encontrarla. ¡Fue increíble! —dijo Ángela, con la emoción aun vibrando en su voz.

—Ese niño debe ser muy especial —comentó su abuela, mientras escuchaba la historia.

—Lo es... y espero volver a verlo algún día —respondió Ángela, sonriendo mientras se acurrucaba junto a su abuela, feliz de haber encontrado no solo a su peluche, sino también a un nuevo amigo.

Adentro de la habitación de Angela, colocó a Teddy con cuidado sobre su cama y, aún con la emoción del día palpitando en su pecho, se sentó frente a su pequeño escritorio. Sacó unas hojas de papel sueltas y un estuche de lápices de colores. Durante un momento, miró el papel en blanco sin saber por dónde empezar.



“Chris fue como un superhéroe hoy...” pensó, recordando cómo había trepado al árbol para recuperar a Teddy. Quería dibujarlo con un traje de superhéroe, pero cada vez que intentaba imaginarlo, la imagen se desdibujaba en su mente.

Con un suspiro, tomó a Teddy de nuevo entre sus brazos, buscando algo de inspiración. Entonces, mirando al peluche, una chispa se encendió en su interior.

—¡Claro! —exclamó—. Teddy me recuerda a Chris... ¡su cabello y sus ojos eran iguales!

Con renovado entusiasmo, Ángela empezó a dibujar. Primero trazó una versión de sí misma, sonriendo y sosteniendo a Teddy, y luego dibujó a Christofer, dándole un traje de superhéroe rojo con detalles

dorados. Su lápiz se movía con rapidez, y pronto comenzó a añadir colores y pequeños detalles que hacían que el dibujo cobrara vida.

Cuando terminó, escribió con letras grandes y un trazo infantil en la parte superior:

Chris y yo igual a corazón.

—Es perfecto... —murmuró, admirando su trabajo con una sonrisa satisfecha.

En ese momento, la voz de su abuela resonó desde el piso de abajo:

—¡Ángela, la cena está lista!

—¡Ya voy! —respondió ella rápidamente, dejando el dibujo sobre el escritorio.

Se levantó de su silla, echó un último vistazo al papel, y salió de su habitación con una sonrisa en los labios. En su corazón, guardaba la esperanza de que algún día pudiera mostrarle a Chris aquel dibujo, para agradecerle no solo por haber encontrado a Teddy, sino también por haber sido su héroe, aunque solo fuera por un día.

Abajo, su abuela la esperaba con la cena servida, mientras afuera, las estrellas comenzaban a brillar con más intensidad. La noche cayó suavemente sobre Victory City. Las luces de los edificios comenzaron a encenderse una por una, como estrellas que descendían a la tierra. En la casa de los Raynerson, Christofer ya estaba en su cama, con la mirada perdida en el techo, repasando en su mente todo lo que había vivido aquel día. Aún sentía el roce de las ramas en sus manos, el peso de Teddy en los brazos, y la calidez del abrazo de la niña cuyo nombre seguía siendo un misterio.

—Quizás la próxima vez me lo diga... —susurró, mientras se acomodaba bajo las sábanas.

En algún punto de la ciudad, dos niños dormían profundamente, unidos por un pequeño lazo invisible. Uno, con el corazón de un héroe sin capa, y la otra, con la imaginación encendida por el primer acto de bondad que le robó una sonrisa cuando más la necesitaba.

Y así, sin saberlo, Christofer Raynerson y Angela Martinson habían dado el primer paso en una historia que estaba apenas comenzando. Una historia donde las verdaderas hazañas no siempre empiezan con un villano o una batalla, sino con un gesto amable, una mirada sincera... y un osito llamado Teddy.

Sin embargo, las semanas pasaron, y aunque Christofer y su familia regresaron al parque varias veces, nunca volvieron a encontrarse con Angela. El verano dio paso al otoño, y poco a poco, la posibilidad de un reencuentro se fue desvaneciendo. A pesar de ello, ambos niños guardaron en su corazón el recuerdo de ese día especial, con la esperanza de que, quizás en algún futuro incierto, sus caminos se cruzaran una vez más.

El destino, impredecible como es, tal vez los llevaría a encontrarse de nuevo... o tal vez aquel día en el parque permanecería como un hermoso pero efímero recuerdo de una amistad fugaz.

EPILOGO

Era el año 2010. La lluvia caía con fuerza sobre las desoladas calles de los suburbios más sombríos de Victory City. Un auto negro avanzaba lentamente, sus neumáticos resbalando sobre el asfalto mojado. Las luces de los edificios parpadeaban intermitentemente, creando sombras inquietantes que parecían seguir el paso del vehículo.

Cuando el auto se detuvo frente a un edificio abandonado, dos figuras vestidas de negro salieron con precisión militar. Abrieron las puertas traseras y, bajo sus paraguas, escoltaron a un hombre de porte reservado: un doctor cuya presencia parecía esconder más de lo que revelaba. Su mirada firme no dejaba lugar para dudas ni vacilaciones.

Sin pronunciar una palabra, los tres se dirigieron hacia una entrada oculta detrás de una fachada deteriorada. Un sonido metálico resonó cuando un portón oxidado se abrió, permitiéndoles el paso. En

cuestión de minutos, el grupo desapareció en las sombras, descendiendo en un ascensor que los llevó varios pisos bajo tierra.

La sala secreta donde llegaron estaba iluminada tenuemente, con un aire pesado que traía consigo el eco de discusiones recientes. En torno a una mesa redonda, figuras de alto perfil —empresarios, políticos y líderes militares de la Isla Paradox— intercambiaban miradas tensas. En el centro de la mesa, una proyección de datos clasificados giraba lentamente, proyectando gráficos y mapas que contaban una historia de crisis y decadencia.

—La situación es insostenible —dijo uno de los presentes, su tono cargado de frustración—. Necesitamos una solución. Una nueva arma que nos devuelva el control.

Otro hombre, más calculador, se inclinó hacia adelante, su voz baja pero cortante.

—La guerra convencional ya no tiene cabida en este mundo. Pero eso no significa que no podamos adaptarnos.

Desde el otro extremo de la mesa, el jefe de la agencia, un hombre corpulento cuya presencia emanaba autoridad, exhaló el humo de su cigarrillo antes de hablar.

—La agencia P.E.A.C.E. ha estado un paso adelante en cada movimiento. Si no hacemos algo ahora, estaremos acabados.

En medio del tenso intercambio, el doctor, que había permanecido en silencio hasta ese momento, levantó la mirada. Sus palabras, calmadas y certeras, cortaron el aire como un cuchillo.

—¿Y si les dijera que ya tenemos a alguien dentro de P.E.A.C.E.?

El murmullo que se levantó se detuvo de inmediato. Todas las miradas se clavaron en él. El jefe de la agencia entrecerró los ojos, escéptico.

—Es fácil decirlo. Pero dígame, doctor, ¿por qué habría de creerle?

El doctor se inclinó ligeramente hacia adelante, dejando ver una sonrisa apenas perceptible.

—Porque yo soy ese infiltrado.

El silencio que siguió fue absoluto, tan denso que parecía que la habitación misma contenía la respiración. El jefe lo observó fijamente, como si intentara perforar su fachada en busca de alguna señal de mentira. Pero todo lo que encontró fue una certeza escalofriante.

—Sé cómo piensan, cuáles son sus próximos pasos. Y, lo más importante, tengo acceso a lo que necesitamos: sujetos de prueba.

Un murmullo de incredulidad y emoción contenida recorrió la sala. Pero cuando el doctor levantó una mano, el ruido cesó de inmediato.

—Ya tengo un plan en marcha. —Abrió su maletín y colocó un archivo sobre la mesa. La primera página mostraba detalles de una excursión escolar próxima. Su sonrisa, que hasta ese momento había sido apenas visible, se tornó perturbadora.

—Niños —murmuró, con un brillo oscuro en los ojos—. Los más jóvenes... los más moldeables.

El jefe observó el archivo con cautela antes de dirigir su mirada al doctor. Había dudas, sí, pero también algo más: una chispa de ambición que parecía encenderse con cada palabra. El silencio en la sala se rompió cuando el doctor, con un tono deliberadamente pausado, continuó:

—El plan es simple, pero efectivo. Secuestrarémos a los niños durante esta excursión escolar. Serán trasladados a nuestras instalaciones clandestinas, donde iniciaremos el Proyecto Metahumanos.

Los murmullos se intensificaron, como si cada asistente de la sala intentara procesar la magnitud de lo que acababan de escuchar. El jefe, sin embargo, no apartó los ojos del doctor, su expresión un enigma de cálculo y determinación.

—¿Qué implica exactamente ese proyecto? —preguntó finalmente, con voz grave.

El doctor sonrió, una mueca que apenas disimulaba el deleite sádico que lo impulsaba.

—Se trata de tomar lo ordinario y transformarlo en lo extraordinario. Estos niños serán nuestra materia prima. Con ellos, desarrollaremos habilidades que desafíen los límites humanos. Velocidad, fuerza, resistencia... control absoluto. No serán soldados, serán armas vivientes.

Un escalofrío recorrió la sala. Algunos desviaron la mirada, perturbados por la frialdad de la propuesta. Pero otros, aquellos con más ambición que escrúpulos, se inclinaron hacia adelante, interesados.

—¿Y qué pasará si fallamos? —inquirió alguien, su voz temblorosa.

—No fallaremos —aseguró el doctor, cortante—. Y si algún sujeto no sobrevive al proceso... considerémoslo un sacrificio necesario para el avance.

El jefe se tomó un momento, tamborileando los dedos sobre la mesa, antes de finalmente asentarse con la cabeza.

—Adelante.

El doctor se retiró de la sala sin decir más, dejando una sensación de inquietud flotando en el aire. Afuera, la lluvia seguía cayendo, ocultando bajo su manto los pecados que estaban a punto de cometerse.

ESTA HISTORIA CONTINUARÁ...

*Muy pronto descubrirás que les espera a
Christofer Raynerson y a Angela Martinson
en las siguientes entregas.*

Próximamente:

Ultimate Christofer
ORIGINS



Ultimate Christofer
ORIGINS





ACERCA DEL C. R. VAUGHN

Mi nombre es C. R. Vaughn. Con 23 años, he concluido mis estudios universitarios como Ingeniero en Comunicación Multimedia, especializándome en diseño gráfico y programación web. También poseo habilidades destacadas en dibujo tradicional y digital y en la creación de personajes originales. Nací en Ecatepec de Morelos, Estado de México, y este proyecto representa mi primera incursión en el ámbito creativo de manera profesional. Espero que este trabajo sea de su agrado y que reciba su apoyo, ya que esto me inspira a continuar desarrollando contenido de calidad para ustedes.

